

INTELIGENCIA ARTIFICIAL, MEDICINA ... Y LITERATURA

“Algunos pacientes solo mejoran gracias a las bondades de “su” médico”.

Hipócrates

No hay día en que en algún medio, sea audiovisual o escrito, o en el polifacético mundo de las redes, no se haga referencia a la creciente influencia de la inteligencia artificial (IA) en todos los ámbitos de la existencia humana y en especial en Medicina.

Sólo para dar ejemplos recientes que relacionan a SMIBA con lo que acabo de decir, en la primera sesión científica conjunta de la Sociedad de Medicina Interna de Buenos Aires con la SAEM-AMA (Sociedad Argentina de Educación Médica de la Asociación Médica Argentina) el Dr. Jorge Castagnino en una excelente actualización, concluye que quien no se vale de los recursos de la IA genera un acto médico por debajo del standard. Por otro lado, intuyendo el rol creciente de esta poderosa arma, en el próximo congreso internacional de SMIBA se le dedica una sesión completa a la IA en Medicina.

Como todo avance sustancial en nuestra profesión (el laboratorio, las imágenes, la medicina basada en la evidencia), existe un primer rechazo casi instintivo a lo novedoso que singularmente rompe preconceptos y caminos mentales estructurados y recorridos (y por ello seguros), además del remanido anuncio del holocausto médico, esta vez remplazado por la sabiduría del Dr. Google.

Una vez corrido el velo sutil de la novedad surge la sorpresa y el descubrimiento de las enormes posibilidades a explorar con la cibermedicina. Como bien planteaba el Dr. Castagnino, el desafío del ahora es usar la IA como cualquier otro (en este caso jerarquizado) método auxiliar de la consulta médica.

Claramente, la utilidad de la IA se impone en la información, la sistemática de los cuadros clínicos (sobre todo los complejos) y la elaboración de diagnósticos diferenciales. En estos aspectos la IA puede sernos enormemente útil, al reducir la incertidumbre frente a cada caso clínico, aunque sin hacerla desaparecer del todo. En definitiva, puede ayudarnos en la interpretación de la enfermedad que aqueja a nuestro puntual paciente, “nunca” debe reemplazar el proceso del pensamiento crítico propio, los caminos diagnósticos y la eventual conducta terapéutica. En todo caso la IA debe ensanchar esos caminos del acto médico aumentando nuestra visión, inevitablemente viciada por sesgos cognitivos. Como toda lupa puede deformar la realidad y exagerar contornos, de allí el concepto de mantenernos como protagonistas de la relación médico paciente con un nuevo actor secundario, muy útil, pero “subordinado.”

Solemos decir que un buen diagnóstico es el paso inicial e imprescindible para el proceso de curación; en definitiva, objetivo último del arte médico (“el arte de curar”). La IA nos acerca, con sus casi infinitas asociaciones, a un diagnóstico más certero y en base a una sistematización, a una indicación terapéutica basada en porcentajes de efectos favorables vs efectos adversos en una ecuación estadística donde debe entrar cada enfermo en particular. La pregunta oportuna en este caso, ¿es esto suficiente para la curación?

El enfermo que padece una determinada enfermedad, la sufre en un escenario único, en un

momento vital particular siempre complejo que lo ayudará o lo perjudicará en su respuesta también única e individual frente a la noxa. Es aquí, en la contextualización del momento vital por el que atraviesa el enfermo, en que la capacidad, empatía y sabiduría del médico cura a veces, consuela, comprende y acompaña siempre.

Este rol único e intransferible en la relación médico paciente se aprende a lo largo de las horas de vuelo del profesional en un camino con aciertos (que se olvidan pronto) y errores, que suelen persistir más allá de lo deseado en las conciencias, que tienen el mérito de bajarnos de los falsos caminos de la autosuficiencia y nos ubican en los poceados caminos de la humana realidad.

Para poder transitar este camino, elegido tempranamente con el viento de cola de la vocación de servir, es imprescindible recurrir a la formación médica continua, pues nuestra profesión muta día a día al tiempo de que lo indicado una mañana está contraindicado a la noche. Sin embargo, a esta altura del viaje, creo que el refuerzo de la técnica y la información no alcanzan y que un médico que intente curar debe moldear su sensibilidad y filosofía para comprender a ese ser humano que sufre la enfermedad (una de las encarnaciones del “mal” como define J L Borges). Para lograr esta cualificación médica nada mejor que la literatura. Como refería el maestro de la medicina moderna W Osler “El médico que sólo lee medicina, ni medicina sabe”.

En este sentido, frente a la universalidad de los libros cuya lectura nunca pasa inadvertida por nuestra existencia y nuestra manera de “ejercer” la vida, podría recomendar a los colegas tres títulos y tres autores que de manera más o menos directa refieren a nuestra manera de ser médicos. El primer libro para recomendar es “La peste” de Albert Camus, autor existencialista que relata con fina lucidez las diferentes actitudes del hombre frente a lo desconocido, a la enfermedad, a los miedos (“...detrás de cada miedo está el miedo a la muerte”). El diálogo del Dr. Rieux con Tarrou explicando la

conducta del médico y su lucha incansable (y pérdida de antemano) contra la enfermedad es patéticamente actual y nos remite al año 2021 donde vivimos en carne propia una nueva versión de esta magnífica novela.

Otro título sugerido es el cuento “Enemigos” de Antón Chéjov, escritor y médico ruso creador del realismo literario en su país. En este relato expone las diferencias sociales como motor de las conductas de los personajes. En este caso enfrenta la vocación de servir de un médico atravesando un drama personal frente a las exigencias egoístas, indebidas y desmedidas de un poderoso al que solo le importa su miserable realidad frente al drama del médico.

Y la última recomendación es el cuento “Los muertos” del libro Dublineses de James Joyce donde se expone, con sutileza inicialmente y luego con crudeza, la muerte como justificación de la historia individual y colectiva, como destino que condiciona y en definitiva da sentido a nuestra existencia.

En definitiva, a modo de cierre, diría que la IA nos ayudará poderosamente a curar enfermedades; sin embargo, para curar enfermos debemos cultivar nuestro carácter y nuestro intelecto para ser mejores personas, condición necesaria, más aún imprescindible, para ser mejores médicos.

“El humanismo médico es más gesto y conducta que saber”.

G Marañón

Dr. Jorge N. Mercado

Expresidente de la Sociedad de Medicina Interna de Buenos Aires